

Eglógicas

I

Hay una paz infinita,
mudo sueño, quietud áurea,
en las chozas, y en los árboles
y en la luz de oro que baña
todo el huerto. Las ovejas,
de trémulas voces largas
van poblando los dormidos
apriscos de las cabañas;
y desde el fondo del valle
vienen canciones lejanas,
que llegan, mueren, reviven,
se juntan, se desparraman,
y en el aire se disuelven
como un aroma.....

¿Qué guardan
estos instantes de ensueño
entre sus manos cerradas?
¿Por qué el recuerdo, de pronto,
se yergue, mira y aguarda,
palpitando? Un hilo tenue
de sol, que hay en mi ventana,
pone un beso tibio y dulce
sobre mis ojos con lágrimas.
¡Y soy dichoso! ¡Tán hondas
tinieblas llenaron mi alma!

II

Sobre los campos de arroz
luce el cristal refulgente
de cien lagunas y vibra
en el aire un vapor tenue.

Hay tapiales que dividen
los campos, y en torno crecen
altas yerbas que en las aguas
se miran lánguidamente.
Por doquier, albeando al sol,
flores de lirio parecen
las finas garzas que, inmóviles,
en las lagunas se yerguen;
y mil enjambres ligeros
sin cesar el aire hienden,
sembrando píos sonoros
en la claridad celeste.
Distante, una zagaleja,
encorvado el talle breve,
corre, llevando a la espalda
un gran haz de ramas verdes.

III

¿Tú no has visto, entre la sombra,
no has visto cómo sonríe
la vida junto a la puerta
de aquella cabaña humilde?
Bajo el cielo constelado
reposan dos juveniles
amantes. Ella se aduerme
en los brazos que la ciñen
venturosos; y él, inmóvil,
el tibio tesoro oprime
mientras canta un aire dulce
en donde temblando viven
sus amores.....

Las estrellas,
sobre la tierra invisible,
van en tanto destejiendo
sus armonías sutiles
de cristal; y hacia la altura,
desde lejanos confines
del valle, sube el lamento
de una oveja, largo y triste.

IV

Cielos diáfanos: el aire
de lumbre azul, con muy leves
góndolas de humo; la aurora,
de ópalos en el oriente.

Tierra extática: silencio
y luz en la calma agreste;
mariposas amarillas,
verdes, purpúreas, celestes;
hebras de agua fulgurante
enredadas en el césped,
y, entre zarzales indómitos,
unas chocitas que duermen.
Muy lejos, los grandes ríos
de plata, y los cerros tenues
—violeta, rosa, turquesa—
que dibujados parecen.

De pronto, sobre la cima
de un collado, un toro emerge
y rompe a bramar. En tierra
clavados los remos fuertes,
fijos en lo alto los ojos,
reta al sol perdidamente.
Sus mugidos están llenos
del pobre dolor terrestre,
y turban todo el encanto
de la mañana silente.

ADAN ESPINOSA SALDAÑA.